

DE GAULLE EN EL KREMLIN

Son diversas las maneras de tomar en consideración, de examinar, los puntos de vista desde los cuales ha podido ser observada esa visita que el general Charles André Joseph Marie de Gaulle, Presidente de Francia, hizo a la Unión Soviética. Y, circunstancia un tanto curiosa, casi extraordinaria, desde ninguno de ellos es posible ya descubrir, presentir siquiera, nada ruinoso y menos aún catastrófico, ahora que estamos a semanas de distancia del acontecimiento. Basta esto para que pierda mucho sentido cuando se le presenta relacionado con los temores y hasta tremendas consideraciones a que en su momento, sobre todo cuando el momento se acercaba, había dado lugar. Es posible, al pensar un poco sosegadamente—el tiempo que ha transcurrido desde esa visita es una buena ayuda—, llegar incluso a la conclusión de que, aparte la importancia, el interés del viaje en sí, de que hubiese sido hecho, como ya se advirtió oportunamente, lo más digno de atención, lo más cargado de significación es el ambiente, el estado de cosas que existía (sigue existiendo) cuando esa visita fue hecha.

Era un acontecimiento, sin duda, el anuncio de que el general De Gaulle era el primer extranjero a quien el régimen comunista soviético daba alojamiento, como huésped e invitado de excepcional honor, en el Kremlin. Sólo se podía, después de mucho buscar y rebuscar por las páginas de la Historia, dar con un antecedente adecuado, el de Napoleón, que también había residido en el Kremlin. Pero, evidentemente, las circunstancias distaban mucho de ser las mismas. Se estaba demostrando nada más empezar aquella visita de casi dos semanas, a fines del pasado junio, que existía realmente el propósito de hacer de ella algo memorable.

Al enviado especial de *Le Monde*, André Fontaine, se le había dicho en

Moscú: «Vamos a hacer al general De Gaulle el recibimiento más caluroso que la U. R. S. S. haya reservado jamás para un huésped extranjero y nadie será jamás mejor recibido que él.»

Ni en el pasado ni en el futuro volvería a producirse, en las mismas majestuosas dimensiones, un espectáculo como aquél, «el acontecimiento más importante del año», llegó a proclamar *Izvestia*, órgano oficial del Gobierno soviético.

Estaba muy en lo suyo, sin duda, el general De Gaulle al proclamar, con lo que ha sido descrito como una «estupenda inmodestia», apenas había llegado a Moscú:

«Sabe el universo la importancia que reviste la visita que tengo yo el honor de hacerlos.»

De Gaulle ha tenido mucha suerte, una suerte inmensa con este viaje, tanta que hasta una observación así pudo perderse entre la inmensidad del aplauso, la aclamación y el comentario a que dio lugar el viaje, que coincidió con muchos, innumerables viajes de ida y vuelta a muy diversas capitales, con el comienzo de la retirada de Francia de la organización militar de la O. T. A. N., con las tentativas de la Gran Bretaña por acercarse a la Comunidad Económica Europea, con unas gestiones ya fracasadas por iniciar el diálogo público entre socialistas de la Alemania Occidental y comunistas de la Alemania Oriental, con la propuesta—especie de globo sonda de escandalosas dimensiones—del Dr. Rainer Barzel, una de las primeras figuras del actual panorama político de la Alemania Occidental, para abrir negociaciones de reunificación con la Unión Soviética, con la promesa de admitir en el futuro la presencia por la parte oriental de una Alemania reunificada (en el caso de que la idea resultase aceptable) de tropas soviéticas, de la misma manera que se admite en la actual República Federal de Alemania la presencia de tropas norteamericanas, inglesas, francesas, etc.; y otras cosas no menos significativas, aunque acaso no tan espectaculares. Cosas como la noticia, dada a conocer por aquellos mismos días, de que la U. R. S. S. había contratado la compra de otros 336 millones de «bushels» de trigo, casi doce millones de toneladas, al Canadá para ser entregados en los próximos tres años, al precio de unos 800 millones de dólares; y 200.000 toneladas más a Francia, para ser añadidas a las 300.000 compradas muy poco antes, con todo lo cual—y algo más, negociado o en vías de negociación, en algún otro país productor de cereales en gran escala, haría subir mucho en el futuro las importaciones, ya de dimensiones fabulosas, veinticinco millones de tone-

ladas de grano, casi tanto como las grandes importaciones de China y la India en los tres últimos años que estaba haciendo la Unión Soviética.

No hacía falta pensar en los viajes del general De Gaulle, ni de Harold Wilson, ni de Dean Rusk, ni del profesor Erhard, ni de Aldo Moro, para advertir una sensación de impaciencia a un lado y el otro del telón de acero, por encima del cual había pasado el general De Gaulle, acaso motivada por la situación de cambio que parecía aconsejar negociaciones, intercambios de opinión, busca de mejores posiciones, acaso de posiciones nuevas desde las cuales hacer frente con mayores posibilidades de acierto a lo que se suponía, ya que era una situación radicalmente nueva. Por aquellos mismos días se hizo una especie de resumen, muy breve, sobre algunos de los viajes que entonces estaba haciéndose «en pos de la misma vocación, confirmando el hecho de que Europa estaba, ciertamente, en movimiento». Por ejemplo, en ese mes de junio, el ministro de Metalurgia rumano, Ion Marinescu, había visitado París; Leonid Bershnev, secretario general del Partido Comunista de la U. R. S. S., había visitado brevemente Bratislavia; el ministro de Comercio Exterior de Checoslovaquia, Frantisek Hamouz, saltaba con prisa frenética de Oslo a Budapest, a Copenhague, firmando acuerdos comerciales. Mientras tanto, especialistas agrícolas daneses recorrían el interior de Checoslovaquia; el alcalde noruego, Brynjulf Bull, completaba un acuerdo científico en Budapest y una delegación de parlamentarios polacos llegaba a Bruselas para echar un vistazo al Mercado Común. El ministro de Asuntos Exteriores polaco, Adam Rapacki, aparecía en Estocolmo; el jefe comunista húngaro, Janos Kadar, conversaba con Tito en Bled; el rey del Irán salía de Rumania para hacer una visita de ocho días a Yugoslavia y otra más larga todavía a Marruecos, a continuación. Apenas ministro de Comunicaciones rumano, Mihail Balanescu llegaba a París para inspeccionar las telecomunicaciones francesas; el gobernador de Kentucky (Estados Unidos), Ed Breathitt, asomaba en Poznan para asistir a una feria de herramientas polacas. Y no se podría olvidar el viaje de Chou En-Lai o la conferencia a punto de celebrarse de las potencias del Pacto de Varsovia, o el viaje del Rey Faisal.

La lista podría alargarse mucho, hasta hacerse insoportablemente monótona y todavía sería difícil, acaso imposible, dejarla completa. Los países de la O. T. A. N. habían empezado a tomar en serio la decisión francesa y no sólo se preparaba el traslado de los principales puestos de mando militar de Francia a Bélgica y otros puntos, y se estudiaban ideas y proyectos de reorganización que ya se insinuaba habrían de ser hechas a fondo, sino que

había empezado también el traslado de los grandes establecimientos militares —de aviación sobre todo—norteamericanos hacia la Gran Bretaña, para empezar, y el mismo día 1 de julio de este año, cuando de hecho entraba en vigor la decisión francesa, anunciada unos pocos meses antes, de abandonar el puesto que se le había asignado en la organización militar de la O. T. A. N., el general francés Jean Crepin cedía el puesto de comandante en jefe del sector de la Europa Central al general conde Johann Adolf von Kielmansegg, para colocar bajo su mando inmediato, en teoría por lo menos, a medio millón de soldados alemanes, norteamericanos e ingleses, fuerzas de tierra y de aire estacionadas en territorio de la Alemania occidental.

Armamento norteamericano.

Más importante todavía podía ser la impresión tan desagradable que había dejado en altas—en las bajas también—personalidades alemanas la dura, en momentos agria, insistencia del secretario de Defensa norteamericano, Robert S. McNamara, para que el Gobierno de Bonn cumpliera a rajatabla el acuerdo de compra de armamento norteamericano para la «Bundeswehr», el ejército de la Alemania Occidental, que se venía haciendo últimamente al ritmo de 675 millones de dólares anuales—40.500 millones de pesetas—, sin que fuesen admisibles modificaciones ni en el valor ni en el carácter de las compras, a pesar de los argumentos alemanes de que las necesidades de armamento de su ejército estaban totalmente cubiertas, de que era necesario preparar los planes de reforma y modernización para los comienzos de la década próxima y de que cualquier déficit por este lado se podrían cubrir fácilmente con el equipo y material que Alemania deseaba adquirir para ensanchar el programa de colaboración científica y espacial con los Estados Unidos.

No. Era necesario mantener íntegro el programa de venta de armamento a la Alemania Occidental, por no encontrarse otra manera de reducir eficazmente el gran déficit habitual en la balanza de pagos de los Estados Unidos, de 1.300 millones de dólares el año pasado, que había sido uno de los años más favorables, desde este punto de vista, de los últimos tiempos. Y si esos compromisos no se respetaban en su integridad, entonces los Estados Unidos habrían de proceder a la revisión—a la reducción—de aquella parte de su política exterior relativa al estacionamiento de un ejército poderoso en territorio alemán.

Por razones especiales, las razones en realidad del «statu quo», de la resistencia, cuando no negativa absoluta, a admitir el estado de cambio de un mundo del que la guerra fría parece ser sólo un recuerdo, el Gobierno de la República Federal de Alemania no quiere oír hablar siquiera de la posibilidad de la retirada no ya de las tropas norteamericanas estacionadas en el país, sino de las inglesas que se encuentran a la orilla del Rhin, o de las francesas, que ocupan posiciones a corta distancia de la frontera francogermana en su mayor parte. Cualquier retirada pudiera ser aceptable si se tuviese la seguridad de que las tropas norteamericanas continuarían. Pero existe el temor, acaso ya justificado, de que bastaría con que se produjese alguna retirada para dejar establecido un precedente peligroso que facilite el desarrollo de lo que bien pudiera ser una necesidad absoluta de nuestro tiempo. Por algo más que cosas tan importantes, de tanta influencia como un déficit crónico y abultado en la balanza de pagos norteamericana.

Hace poco todavía, al día siguiente de la llegada del general De Gaulle a Moscú, para iniciar una visita y unas conferencias que se insistía no tendrían importancia especial de no estar de una forma u otra relacionadas con el papel que juegan los Estados Unidos en Europa, Mr. McNamara, el secretario de Defensa norteamericano, volvía a decir, después de haber quedado resuelta satisfactoriamente la cuestión de la compra de armamento norteamericano por parte de la Alemania Occidental, que muy bien pudiera ser inevitable el tener que prestar atención a la reducción a largo plazo de las fuerzas norteamericanas en la Europa Occidental.

Hay, ciertamente, muchas presiones—decía el informe que presentó ante una Subcomisión senatorial—en favor de la reducción del volumen de estas fuerzas, un volumen que fue decidido en años anteriores bajo diferentes condiciones. Ahí está el hecho de que nuestros amigos europeos han recuperado su prosperidad, su fuerza y su consiguiente capacidad para colocar en el campo fuerzas mayores que en el pasado.

El efecto adverso continuado en nuestra balanza de pagos del mantenimiento de más de 200.000 hombres en Alemania no se puede pasar por alto. Ha de contarse también con la crecientemente rápida capacidad para el transporte aéreo y marítimo del establecimiento defensivo de los Estados Unidos, que exige la revisión de nuestras ideas tradicionales sobre el tiempo y esfuerzos requeridos para llevar grandes fuerzas de combate al campo de acción en puntos alrededor del globo a grandes distancias entre sí. Es una realidad,

además, el reconocimiento por parte de nuestros adversarios en potencia de la fuerza sólida de la alianza [atlántica].

«Todas estas presiones en favor de la reducción del nivel actual de las fuerzas de los Estados Unidos en Europa son legítimas. Han de ser tomadas en consideración y muy en serio, como asunto de responsabilidad conjunta dentro de la alianza no menos que como una cuestión de política de los Estados Unidos.»

En cuanto a la responsabilidad conjunta, de eso se habla con tanta facilidad que se olvidan con demasiada frecuencia, en el momento de las declaraciones de política, las realidades de un momento determinado. En la dirección de la O. T. A. N., y sobre todo en Washington, se ha considerado poco menos que insoportable la pasada conducta del general De Gaulle traducida a situaciones como la que llevó a la retirada de una gran parte de las fuerzas francesas estacionadas en la Alemania Occidental, en teoría bajo el mando integrado de la O. T. A. N., y, al fin, a la retirada también de la parte de la flota que se había acordado poner bajo el mando de la O. T. A. N. en el Mediterráneo. Se enjuició con términos de gran dureza la decisión, calificada de unilateral, de retirar a todas las fuerzas francesas de la O. T. A. N. y, además, forzar también a la salida de territorio francés de todas las fuerzas militares extranjeras que no se encontrasen dispuestas a la aceptación de la soberanía y, en consecuencia, la autoridad de Francia. Pero no se pensó siquiera en que pudiera ser más que necesario, conveniente en cualquier caso, desde un punto de vista político, el solicitar la aprobación del mando de la O. T. A. N.—con miras a que fuese la decisión objeto, por lo menos, de comunicación a los Gobiernos de los países miembros—del acuerdo de retirada de ciertos grupos de especialistas de esas fuerzas militares norteamericanas estacionadas en la Alemania Occidental, por ser eso una necesidad absoluta, resultante del estado a que se había llegado en la movilización y preparación de tropas para ser enviadas al frente de batalla en el Vietnam del Sur.

Acción unilateral.

Los Estados Unidos, la primera y decisiva potencia de la O. T. A. N., exigían para otros condiciones que ellos no creían necesario, o no podían, aceptar o cumplir. ¿Cómo había de ser la decisión de retirar, acaso de una

DE GAULLE EN EL KREMLIN

manera provisional, unos cuantos miles de hombres—15.000 de una vez, otros 15.000 en seguida, para ir siendo restituidos con mayor lentitud, a razón de unos 3.000 al mes, pasado algún tiempo, hasta volver al nivel anterior de unos 225.000 soldados norteamericanos destacados en la Alemania Occidental—, objeto de consulta, ni siquiera de una comunicación previa, hecha con fines puramente informativos?

Quizá no se hubiera pensado siquiera en ello; pero si se hubiese pensado, ¿resultaría aceptable para la opinión pública de los Estados Unidos lo que de hecho suponía un ejemplo concreto de cierta renuncia, por limitada que fuese, de los derechos de soberanía? En cualquier caso, aquella actitud norteamericana ayudó a presentar, en forma un poco distinta a como se había hecho hasta entonces, algunos aspectos básicos de la vida y actividad de la Alianza Atlántica, lo suficiente para atraer cierta atención a otro aspecto al que se había dado muy escasa importancia: que, de hecho, las cosas de la O. T. A. N. habían cambiado mucho porque era grande, enorme, el cambio que se había producido en el ambiente.

Un cambio del cual era reconocimiento tácito eso que había dicho McNamara y que tuvo entonces un desenlace más llamativo por coincidir con la visita del general De Gaulle a Moscú y con el debate—a veces no era más que una información presentada en forma de declaraciones ante algunas comisiones senatoriales de los Estados Unidos—en torno a la situación en que el Presidente de Francia había colocado a la O. T. A. N. y el problema de la reunificación de Alemania, camino ya de convertirse en una de las cuestiones de mayor interés, acaso emoción también, del panorama europeo.

Tenía mucha importancia, mucha más de la que pudiera saltar a la superficie en un momento dado, lo que estaba sucediendo, porque detrás de todo ello estaba algo que también pudiera acabar convirtiéndose en una de las cuestiones decisivas para la Europa de la postguerra: la pérdida, muy acusada y continuada, de interés por parte de los Estados Unidos en los asuntos de la Europa Occidental.

Esto, que asumía ya las dimensiones y el perfil de algo absolutamente incontrovertible, podía deberse a dos grandes novedades: la guerra del Vietnam por un lado, que iba camino de dejar poco tiempo y espacio a disposición de los Estados Unidos para ser dedicado a otras cuestiones, en particular a la situación en Europa, ya tan favorable desde los más diversos puntos de vista, y la actitud misma de una buena parte de la Europa occi-

dental, mucho menos inclinada que en el pasado a la aceptación incondicional de los deseos, propuestas e iniciativas de los Estados Unidos.

Esa situación fue resumida, con mucha habilidad y amargura, por el subsecretario de Estado, George W. Ball, ya de hecho dimitido, en un discurso pronunciado ante la Sociedad Americana de Derecho Internacional, un foro muy adecuado para hablar de las cosas que en aquella ocasión preocupaban a uno de los dirigentes de la política exterior de los Estados Unidos en estos últimos años. Hizo Mr. Ball una presentación muy resumida de la situación a que se había llegado en los años primeros de la post-guerra, con el Plan Schuman y la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la O. T. A. N., la Comunidad Defensiva Europea, el Tratado de Roma y la Comunidad Económica Europea, haciendo progresos reales y rápidos por el camino de la unidad europea y atlántica, siempre bajo la inspiración, cuando no bajo la dirección también y acaso en ocasiones la presión, de los Estados Unidos, pues no era difícil recordar—aunque Mr. Ball no estimase necesario hacerlo—situaciones de impaciencia como aquella de John Foster Dulles en 1954, cuando era secretario de Estado, ante la perspectiva de que Francia torpedease el proyecto, ya prácticamente concluido del todo, pues sólo faltaba la ratificación de la Asamblea Nacional francesa, de formación de la C. D. E.

«Esta—advirtió Mr. Ball—era la situación en la parte inicial de los años sesenta: una Europa que daba grandes zancadas hacia la unidad, con fuertes perspectivas de que sus fronteras geográficas se irían ensanchando hasta incluir al Reino Unido y a ciertas otras naciones europeas: una Europa que se iba haciendo próspera con un Mercado Común que retoñaba bajo la sombrilla protectora de la O. T. A. N.»

De pronto, cuando todo parecía más prometedor, esa obcecada «persistente rivalidad entre Estados-naciones individuales», esos pocos, irritantes años en los que Francia se las arregló, sencillamente, «para transformar el Mercado Común en un simple arreglo comercial», en los que se cerró caprichosamente la puerta a la Gran Bretaña, en los que se negó a la Alemania Occidental participación en el control nuclear por nada más que el empeño de Francia en «conservar su propia posición exclusiva como la única nación con armas nucleares en el continente de la Europa Occidental» y para forzar, en fin, la reestructuración de la O. T. A. N. con objeto de «alcanzar la libertad para la maniobra política que le permitiese tratar, para su propia ventaja,

con lo que ha descrito, con una curiosa imparcialidad, como *las dos grandes hegemonías*».

Era amargo, sin duda, el acento de Mr. Ball. Acaso más que por ninguna otra causa o razón por haberse puesto freno, por el Presidente Johnson sin duda, a lo que parecía ser la intención decidida de los «duros» de la Administración de forzar las cosas de tal modo que a De Gaulle no le quedase más remedio que apurar el trago amargo de la decisión incondicional de todos sus asociados en la O. T. A. N. de no aceptar, sencillamente, aquella decisión suya, calificada de unilateral, de poner término inmediato a todos sus compromisos y relaciones de carácter militar.

Ambiente de resistencia.

Aquella inclinación inicial hacia la dureza por un lado, hacia la adopción por el otro, de una actitud de indiferencia, o mejor aún, de que sólo ventajas habrían de salir, por supuesto, de la nueva situación, al verse todos, al fin, libres de una compañía tan molesta, tan enojosa que de ello no podrían salir consecuencias malas, había acabado por generar reacciones como la del general Lyman Lemnitzer, comandante supremo de la O. T. A. N. en Europa. Situado ante una actitud que le pareció desalentadora, comentó, según palabras recogidas por C. L. Sulzberger, de *The New York Times*: «Un beneficio más de esta clase y nos habrá llegado la bancarrota.»

No pensaba Mr. Ball en la bancarrota. Sólo pensaba en lo que sería Europa de prevalecer el punto de vista del general De Gaulle, con sus extrañas ideas, «un continente de coaliciones en estado fluctuante y de alianzas cambiantes» que no podía ser, advirtió, «la esperanza del futuro; es sólo una evocación nostálgica. No significaría progreso, sino un retroceso al trágico y desacreditado diseño del pasado—un retorno a 1914, como si con eso habría de bastar y con la misma garantía de inestabilidad—, hecho, sin embargo, más peligroso no menos por la agresividad ideológica de la Unión Soviética y la existencia de armas nucleares».

Ante semejantes perspectivas, ¿qué se podría o qué se debería hacer? Por el lado de los Estados Unidos había, asomando ya por encima del horizonte, señales que parecían ser de una claridad inconfundible: los Estados Unidos podían no perder nada del interés por Europa que habían tenido, pero sentían una especie de necesidad irresistible a ir distanciándose de lo

que en un tiempo pareció ser su mayor, su principal preocupación, no fuese a caer bajo el empuje arrollador de unas nuevas hordas llegadas del Este. Había, al pensar un poco en ello, serios motivos de inquietud sobre los que, de pronto, se pusieron a actuar con mucha fuerza factores nuevos.

La resistencia a moverse a compás con las notas que Washington hacía sonar no estaba confinada a Francia ni al general De Gaulle. Ni una ni el otro hubieran podido llevar el desaliento, la desconfianza más bien, al ánimo norteamericano, que había puesto grandes esperanzas en cosas como el «Kennedy round» sobre una reducción general de aranceles aduaneros que protegiese el mercado europeo para los productos norteamericanos, los agrícolas mejor todavía que los industriales. Las negociaciones por este lado o se atascaban o mostraban una tendencia alarmante a ir hacia el mal camino, el camino que colocase los productos norteamericanos en un nivel de completa igualdad con los de «terceros países» en lo relacionado con los intentos de entrada en el Mercado Común. De pronto, sin embargo, y cuando el ambiente parecía más pesimista, la situación experimentó un cambio espectacular: gracias a las compras fabulosas de China y la Unión Soviética, y a las necesidades siempre grandes y últimamente excepcionales, a los cosecheros norteamericanos de cereales, de trigo sobre todo, y a su Gobierno se les había quitado de delante la preocupación sobre los grandes, en un tiempo fabulosos, remanentes agrícolas. Ahora, en cambio, lo que parecía venirse encima era la necesidad, sencillamente, de aumentar la superficie sembrada—los millones de hectáreas que habían sido retirados, gracias a los abultados subsidios, del cultivo, en un esfuerzo casi sobrehumano para impedir que los remanentes continuasen subiendo—para disponer de lo indispensable con miras no sólo a mantener un nivel determinado de exportaciones normales, sino contar con reservas para seguir adelante con la política de «víveres para la paz», o, como ahora se prefiere llamar, «víveres para la libertad», una parte muy importante en el pasado de la acción de los Estados Unidos por el exterior.

Desaparecían los remanentes y desaparecían, por tanto, muchas de las preocupaciones que habían contribuido a poner una nota de tirantez en las relaciones de los Estados Unidos con el Mercado Común.

Mucho más importante todavía era una de las distintas influencias que estaban actuando sobre los Estados Unidos en el sentido de desviar mucha de la atención que antes tenían puesta en Europa. Se trataba de algo tan sencillo y abrumador como la necesidad de concentrar atención y recursos

en otra parte del mundo, en el Sudeste Asiático, sobre todo sin perder ya nunca de vista a todo el Lejano Oriente, más o menos. Sin una situación como esa de la guerra del Vietnam apenas se hubiera podido pensar en la respuesta que al fin dio McNamara a los senadores que le hacían—a veces le acosaban—preguntas. Uno de ellos, Robert F. Kennedy, preguntó si los Estados Unidos estarían dispuestos «a reducir nuestra presencia en Europa y quizá a hacer algunos cambios en la O. T. A. N.». McNamara le contestó:

—La respuesta directa a su pregunta es que sí.

Como bien advirtió el importante semanario *Time*, aquella respuesta hubiera parecido absolutamente increíble sólo medio año antes. Pero en solo medio año el cambio que se había producido en muchas cosas, en la guerra del Vietnam para empezar, había sido muy grande.

Precisamente la guerra del Vietnam fue lo único casi que pudo producir en los Estados Unidos una real sensación de incomodidad, acaso de preocupación también, al examinar detenidamente los detalles e incidencias de la visita del general De Gaulle, con miras quizá a llegar a alguna conclusión definitiva.

Si sólo lo que cuesta mucho vale la pena—Thomas Paine lo puso de otra manera, al decir: «Lo que conseguimos a un precio demasiado bajo lo apreciamos demasiado poco... El Cielo sabe cómo poner el precio adecuado a sus mercancías»—, entonces pocas acabarán siendo tan estimadas como la solución que se dé, que se habrá de dar algún día, al problema alemán, lo más importante, en fin de cuentas, del viaje del general De Gaulle a la Unión Soviética. El viaje del hombre, acaso valga la pena tenerlo en cuenta, que nunca quiso asomarse por Berlín. Lo más importante, lo más desalentador o quizá lo más estéril, según se quiera ver. En el comunicado, presentado un poco pomposamente como la «declaración de Moscú», apenas se ha encontrado sitio para nada más que su mención, y eso que se han necesitado unas 2.000 palabras para su presentación. para hablar de todas las cosas que en el fondo eran secundarias.

Cosa de discos.

Después de la principal de las conversaciones, de una naturaleza esencialmente política, celebradas durante la visita del general De Gaulle, en la que se habló de la cuestión alemana y en la que la petición soviética para

que Francia reconociese al régimen de Ulbricht recibió la respuesta, acompañada de un sencillo gesto desdeñoso, de que la Alemania Oriental «n'est qu'une création artificielle de votre part», se dice que resumió lo que había sucedido así:

«Ellos tocaron su disco y yo toqué el mío.»

Como éste llegó a ser, con mucho, el aspecto fundamental de la visita, ya que todo lo demás podía tener importancia, pero en realidad no la tuvo, el viaje debería lógicamente haber sido un gran fracaso adornado con declaraciones exhuberantes en la forma, raquílicas en el contenido. Ni la promesa de mantener consultas regulares, ni el establecimiento de una línea directa de comunicaciones entre el Elíseo y el Kremlin (un teletipo al que se da el nombre de «hilo blanco» para distinguirlo del «hilo rojo» que une a Washington con Moscú y por el que al parecer no pasa comunicación de ninguna clase, aparte los ejercicios periódicos que se realizan para leer trozos de la Biblia y de Shakespeare, con objeto de demostrar que está abierto y en condiciones de prestar servicio en cualquier momento), ni siquiera algo tan concreto como unos acuerdos bilaterales de carácter científico. Llegan a tener una gran importancia especial. La exposición sobre la necesidad de que los problemas de Europa se estudien «en un cuadro europeo», que aparentemente busca excluir a los Estados Unidos, o la referencia a la «détente» como condición esencial de los acuerdos a concluir «entre todos los países», en lo que va implícita la idea de una participación de la República Federal de Alemania no menos que de la hipotética exclusión de los Estados Unidos, todo ello se acomoda bien, por lo general, al concierto que De Gaulle quisiera dar a las cosas del mundo. A un concierto ordenado, metódico, y que ha de ser necesariamente cuestión de tiempo. Cuando en alguna ocasión pudo parecer que los interlocutores soviéticos sentían la necesidad de avanzar con prisa, De Gaulle pudo advertir, con un gesto graciosamente expansivo: «Hace falta avanzar por etapas, porque el futuro es de muy larga duración.»

Hubo, sin duda, momentos difíciles en el diálogo, como los hubo en cierto modo encantadores. Cuando Leonid I. Brezhnev, secretario general del Comité Central de la U. R. S. S., y como tal la más alta y más importante personalidad soviética en estos momentos, lo que De Gaulle acaso no pudiese comprender muy bien al encontrarse por allí con el primer ministro, Kosyguin, o con Podnorny, presidente del Presidium del Soviet Supremo, lo cual tiene alguna

equivalencia con la presidencia de la nación, que en la Unión Soviética es colectiva, empezó a hablar de la cuestión alemana, los pocos que se encontraban presentes tenían los ojos fijos en el general De Gaulle. Aquella catilinaria sobre la República Federal de Alemania estaba resultando realmente insoponible.

Las circunstancias habían acudido en cierto modo en ayuda del dirigente ruso, quizá para hacer su actitud más pesada. Se estaba cumpliendo entonces el veinticinco aniversario de la hora fatídica en que doscientas cincuenta divisiones alemanas habían sido lanzadas contra la Unión Soviética, con la decisión, ¿podía dudarse? de barrer de una vez para siempre «el poder mismo de existencia de Rusia». Como había dicho el general Halder, esa era la meta que se iba a alcanzar con golpes decisivos y una marcha que había de hacerse a pasos contados, para apoderarse de toda la Ucrania, Moscú y Leningrado en el plazo máximo de ocho semanas.

Con ese fondo, Brezhnev hablaba de «la Alemania de Bonn», animada por el espíritu de revancha, de la decisión de no reconocer las fronteras del Este, del empeño en entrar en posesión de la bomba atómica. El hecho, insistió Brezhnev, mientras adquiría ya casi el carácter de un tic nervioso aquella regularidad y frecuencia de los movimientos de cabeza del general De Gaulle —algo que pudiera haber empezado como una especie de asentimiento cortés y que parecía haberse transformado en indicio inconfundible de irritación—, de que la Alemania Occidental no reclame de momento la bomba atómica para sí, no altera en lo más mínimo el fondo de la cuestión. Todo lo contrario, porque la voz de Alemania se va haciendo fuerte y decidida gracias al estímulo que encuentra en la Alianza Atlántica y esto es altamente peligroso. Así siguió, largamente, el señor Brezhnev, hasta que al fin pudo intervenir De Gaulle con un llamamiento a la calma y el método que necesitan las cosas que están predestinadas a durar muy largo tiempo. Y con una invitación directa a la U. R. S. S. para que haga demostración práctica de su deseo y decisión de «rapprochement».

Para hacer luego cierta demostración de satisfacción por poder contar con la Unión Soviética a manera de contrapeso de las tendencias norteamericanas de hegemonía. Pero antes, es de suponer, que Brezhnev pudiese intervenir para hacer alguna demostración de lo bien que habían caído aquellas palabras, el general De Gaulle llevó el argumento un poco más allá, para apuntar a la satisfacción que también le producía la existencia de los Estados Unidos como el gran contrapeso de las tendencias soviéticas a la hegemonía.

Es posible que De Gaulle nunca hubiese pensado en el carácter que tiene la presencia norteamericana en Europa entera y, por tanto, en Francia, en la forma en que resumió la situación Jean Jacques Servan Schreiber, en su habitual espacio en el semanario de su dirección, *L'Express*. Pero acaso hubiese ido un poco lejos por el lado de las consideraciones que le han movido a censurar, aunque sea un poco veladamente, la excesiva ingenuidad del general De Gaulle.

El general De Gaulle «cree sinceramente»—dice—, puesto que le concede tanta importancia, haber logrado algo al librar al suelo francés de los Estados Mayores norteamericanos. Cree él haber comenzado una especie de «descolonización» que tiene como objetivo el entregar Europa a los europeos, como entregó en otro tiempo Argelia a los argelinos. Por supuesto, se puede, con una firma del Eiiiseo, cerrar las bases militares. Pero, ¿cómo se podrá reemplazar a Libby's en el Languedoc; eliminar a la General Electric de Bull; retirar a Chrysler de Simca o a la General Motors de Opel; que la gasolina no se llame Shell y no se vuelva a llamar Esso; que los aviones «Mirage IV» vuelven sin los «KC-135» de la Boeing Aircraft; hacer cálculos en la calle de Saint-Dominique sin el gran ordenador de la I. B. M.; alejar a la VI Flota del Mediterráneo... cómo se podrá impedir a Ford que gane la carrera de Le Mans?»

La realidad está hecha de algo más que el deseo—quizá sea el propósito ya—de evitar que los Estados Unidos tengan nada que ver en los asuntos europeos. Porque, advierte Servan-Schreiber, «el imperio norteamericano está por todas partes. Los rusos lo saben, porque son ellos lo suficientemente poderosos para comprender la realidad de la supremacía norteamericana: [aunque] nosotros nos damos mala cuenta de ello. Nosotros, es decir, el general De Gaulle, que nos representa, piensa y actúa en nombre de Francia».

Una nueva alianza.

Quizá esto sea llevar las cosas demasiado lejos. A pesar de que Servan-Schreiber no mencionó, quizá porque no había llegado a su conocimiento todavía, el hecho un poco fabuloso de que Air France, que hace gala de ser una de las mayores Compañías de aviación del mundo, la mayor en realidad por la extensión de sus líneas, con la excepción de la empresa que monopoliza los grandes servicios aéreos de la Unión Soviética, va camino de ir retirando

y relegando a posiciones muy secundarias los aviones «Caravelle», de los que se habló un día como un justificado motivo de orgullo para Francia, para adquirir aviones norteamericanos.

Pero De Gaulle, ¿no se da cuenta realmente del mundo en que vive? Hubo un momento, durante su visita a la U. R. S. S., en el que una sensación extraña invadió el cuerpo, quizá hasta el alma, del séquito del general, que ocupaba puesto de honor en el gran salón de la Universidad de Moscú, lleno de profesores y alumnos, y muchos invitados distinguidos. El general De Gaulle se puso a hablar, en lo que siempre se había creído que sería un breve discurso protocolario, de «una alianza nueva que puede ser sellada entre Rusia y Francia». La calma volvió a los ánimos internos, entonces muy agitados, cuando el presidente De Gaulle terminó la frase que dio un carácter especial y específico a esa alianza «de la cultura, la ciencia y el progreso».

Por todas partes se ha creído encontrar motivos para dudar seriamente de la conveniencia o la oportunidad de esta visita y a pesar de todo el semanario *Time* recogió el comentario malhumorado de un norteamericano que observó:

«Eisenhower pudo haber tenido esta clase de bienvenida. De Gaulle está robando lo que hubiera sido para Ike».

Casi podría decirse que a todo el mundo le había sentado mal lo que hizo De Gaulle. A pesar de no haber hecho, en realidad, otra cosa que lo que hubiera querido hacer el general Eisenhower cuando se acercaba ya a la terminación de su mandato presidencial, y que probablemente hubiera hecho, como había prometido, a no haber sido por aquella mala suerte del piloto Gary Powers, que se encontró sorprendido por una explosión cuando marchaba, a través de la Siberia central en su avión «U-2», explosión producida tal vez por un proyectil de esos que están siendo disparados con frecuencia en Vietnam del Norte, aparentemente con muy poco éxito.

Es lo que hubiera querido hacer John F. Kennedy, y probablemente hubiera hecho, en particular al marchar por la estela de aquella venturosa y feliz negociación y firma de un tratado para la prohibición de las pruebas nucleares en la superficie de la tierra, en el aire y en el mar, y hay motivos muy serios para sospechar que es lo que hubiera querido hacer también Lyndon B. Johnson, su sucesor.

Ha sentado catastróficamente mal en la Gran Bretaña que De Gaulle fuese a la Unión Soviética. Aunque fuese por segunda vez, pues la primera fue aquella visita de 1944, de la que habló posteriormente al decir que había

podido escuchar rumores sobre la simpatía con que había sido recibido. Podía ser agradable la experiencia, pues acababa casi de regresar a París, restablecida por allí la soberanía de una Francia que había estado muy lejos, poco antes nada más, de representar los sentimientos y aspiraciones de todos los franceses. Había ido entonces a Moscú para negociar un tratado, que tampoco sería el primero que se firmase entre Francia y Rusia. Había habido uno que terminó, no podía ser de otro modo, con la revolución que estalló en Rusia en 1917; después vino otro, en 1935, que terminó cuando Stalin y Hitler se pusieron de acuerdo, como terminó años más tarde, en 1955, el mismo que De Gaulle negoció entonces, en diciembre de 1944, con Stalin, por decisión soviética, pero tomada al permitir Francia la admisión de la Alemania Occidental como miembro de la O. T. A. N. En fin, aquellos rumores que pudo escuchar sólo podrían ser agradables. Hablaban, repetidos ahora, del «restablecimiento de Europa a un solo y provechoso todo».

¿Con qué derecho podía hablar De Gaulle de esa manera? ¿Quién es él, quién es Francia o país alguno, actuando de manera aislada, independiente, para hablar en lo que lleva claramente implícita la idea de una participación general? Y, después de todo, ¿cuándo ha existido una Europa formando un todo solo y provechoso? «No hay precedentes para ello», sentenció, con tremenda solemnidad, *The Times* de Londres.

Ni, podría añadir, grandes posibilidades de que llegue a existir, al menos sin que pase mucho tiempo, con o sin el Mercado Común. Pero *The Times* se puso muy serio para llamar la atención del general De Gaulle sobre algo que si bien se piensa un poco sobre ello, como ha podido hacerse en todo este tiempo que ha transcurrido ya desde esa visita un tanto memorable, ha carecido de verdadera importancia. Ha carecido por el hecho en sí, como advirtió *Le Monde* al notar que, «a pesar del entusiasmo suscitado por la visita del general y el indiscutible interés de los acuerdos bilaterales concluidos, la prudencia se impone en cuanto a los resultados duraderos».

No se acababa de comprender muy bien aquella forma en que se habló del llamamiento cálido del general De Gaulle a la unión para la paz «de la Francia nueva y la Rusia nueva», algo capaz de evocar, con los acentos de Chateaubriand, «la emoción, venida del fondo de la Historia».

¿Era todo lo sucedido para tanto? Ni De Gaulle había sido el primero, ya lo hemos visto, en hacer el viaje, ni se podía advertir una gran originalidad en el propósito. Después de todo, cuando los rusos y los norteamericanos estaban negociando un tratado de prohibición parcial de las pruebas nucleares,

De Gaulle estaba vigorosa, resueltamente empeñado no sólo en la creación del poder atómico de Francia, con su propia «Force de frappe», sino que había buscado activa, intensamente, llegar a un acuerdo con el entonces canciller Adenauer para lo que apenas podía conducir a otra salida que la formación de una nueva potencia nuclear en el mundo, y acaso hasta amenazadoramente poderosa. No deja de ser llamativo, ahora que se piensa en ese viaje del general De Gaulle y en el espíritu de «détente» que al parecer lo animó, el hecho de que fuese el propio De Gaulle uno de los grandes, decididos detractores del paso que habían dado, hace ahora tres años nada más, Kennedy y Jruschef al terminar con éxito las negociaciones que hicieron posible la firma de ese Tratado de Moscú, suscrito posteriormente por la gran mayoría de los países de la tierra, pero no, ausencias conspicuas, por Francia ni China.

Se podrían recordar muchas cosas más. El profundo sentimiento de desconfianza que en la Unión Soviética produjo el retorno del general De Gaulle al poder en 1958, y sobre todo aquella tentativa suya por estimular y desarrollar el renacimiento de Europa partiendo nada menos que de la alianza franco-germana, que al fin se convirtió en un hecho—aunque no en una realidad, y no es paradójica la contradicción—, a principios de 1963, recibida con tremendo recelo en la Unión Soviética, para empezar.

Revisión necesaria.

Cualquier día se hará una nueva edición de la «Gran Enciclopedia Soviética» y entonces habrá desaparecido, es de suponer, aquella breve descripción que en la de 1963, la que está actualmente en circulación, se hace del «jefe político reaccionario francés», ya un tanto suavizada—y acortada—en relación con lo que se había escrito sólo el año anterior, que presentaba a De Gaulle, nacido en 1890, como un político reaccionario, general y «jefe del partido fascista» (R. P. F.). Para añadir que se trataba de «un monárquico y pro clerical» que «había estado ligado íntimamente a la oligarquía financiera francesa» de antes de la Segunda Guerra Mundial y que «expresaba los intereses de esos imperialistas franceses que estaban orientados hacia Inglaterra y los Estados Unidos. Cuando la Alemania de Hitler empezó la guerra en 1939, De Gaulle, como todos los imperialistas anglofranceses, hubiera preferido luchar contra la U. R. S. S. antes que contra Alemania...».

Pero, aparentemente, las cosas necesitan muy poco tiempo para sufrir cam-

bios importantes, algunas veces sensacionales. Y tanto en los Estados Unidos como en la Gran Bretaña este viaje del general De Gaulle ha producido una sensación tal de malestar que apenas se podría desear otra cosa que fuese de corta duración. No sólo porque, en realidad, no vale la pena enojarse por algo que no tiene apenas más trascendencia real que el hecho de que el viaje se hizo o lo que sobre él quiera decirse. Bien advirtió *The New York Times* que De Gaulle parece producir la impresión de marchar de triunfo en triunfo para, en definitiva, no sacar nada en limpio.

Hace muy pocos años, hablar de De Gaulle en la Unión Soviética era tanto como mencionar la soga en casa del ahorcado. No tanto por De Gaulle o por Francia como por Alemania, la Alemania en quien los rusos veían sólo sentimientos, ansias de revancha, acaso por pensar en las jornadas sombrías que siguieron a la derrota de los ejércitos de Hitler, que de alguna manera habían conservado la esperanza de hacer resistencia a orillas del Oder. Lo que pasó después de la derrota con la ocupación y el desmantelamiento, con aquella actitud de venganza y algo peor todavía, ha dejado un recuerdo amargo y terrible. Y si los alemanes pudieran algún día producir la sensación de que aquello había quedado olvidado para siempre, porque en algún momento se ha de tomar la decisión de mirar hacia adelante, de dejar de tener la mirada clavada en el pasado, los rusos parecen estar convencidos aún de que lo que hicieron en Alemania no se puede olvidar, sencillamente.

Por eso, lo único realmente notable de la visita del general De Gaulle, mucho más notable sin duda que cosas puramente episódicas, por muy llamativas que pudiesen haber parecido en algún momento, como las habitaciones que se le concedieron en el Kremlin, como el tener el extraordinario privilegio de dirigirse al pueblo de Moscú desde el balcón central del Ayuntamiento, lugar que ha quedado consagrado, de hecho, por la presencia allí de Lenin en momentos de indudable importancia histórica, y como el haber sido distinguido con una visita al cosmódromo de Baikonur, donde se hicieron dos disparos en su presencia, uno para la colocación en órbita de un satélite artificial, otro para el lanzamiento de un proyectil balístico, es también lo único sobre lo cual no se ha adelantado nada. Y lo único que vale la pena tener en cuenta, en realidad, porque ha demostrado que el interés de Francia está en Europa. Esto quiere decir, es evidente, que el interés de Francia es el interés de la República Federal de Alemania también.

Sobre esto se ha pensado mucho más después que antes de la visita del general De Gaulle a la U. R. S. S. Para llegar, tal vez, a una conclusión no del

todo agradable, precisamente por ser realista: que el problema alemán, de las fronteras, de los territorios, de las tropas extranjeras estacionadas en el país y, sobre todo, de la reunificación es un problema que no se puede resolver en un día. Un problema que es más difícil porque hay fuerzas poderosas interesadas en que no se resuelva, como hay también fuerzas poderosas cuyo interés por la cuestión, de existir, es negativo, porque antes y por delante está el interés propio, que tiene una trascendencia irresistible, desde hace mucho tiempo, a buscar su propia conservación y defensa en una inteligencia, en acuerdos específicos incluso, a ser posible, entre las dos grandes potencias más bien que entre las pequeñas potencias, muchas o pocas, una o más, por medio de relaciones directas con una de ellas la que ejerce atracción especial por el lado en que se encuentran.

Lo que le está sucediendo a los Estados Unidos con ese intento, que aparece centrado por ahora en De Gaulle, de desplazar su influencia de Europa en la medida de lo posible—también un proceso que no es para un día, en el caso de que encierre alguna posibilidad—, es lo mismo, poco más o menos, que está sucediéndole a la Unión Soviética con ese ya bien desarrollado espíritu de independencia y en algún caso hasta de rebeldía que está en evidencia en más de un país de régimen comunista, en Rumania de manera muy llamativa, pero también en otras partes, por no decir nada de Albania y, sobre todo de China, que eso sí que es ya otra cuestión.

De Gaulle ha tenido—acaso el destino se lo haya proporcionado—el sentido de la oportunidad y ha ido a la U. R. S. S. a hacer poco más o menos lo que otros hubieran deseado mucho haber hecho antes de ahora. De manera absolutamente irrefutable, desde que empezó a tenerse la impresión de que la guerra fría era otra de las herencias de un mundo que estaba sometido a grandes, radicales cambios y que, por tanto, quedaba en el mejor de los casos para un «statu quo» que sólo podía ser una ficción.

La posición de Alemania.

En los Estados Unidos, donde se ha sostenido con mayor consistencia una posición alemana que ha ayudado, por lo menos, a desplazar hacia un futuro indefinido la cuestión fundamental del tratado de paz, ahora se empieza a comprender también una gran verdad, de ahora y de siempre: que el juego internacional no es posible si no hay espíritu—y voluntad—de concesión. Eso

es, en síntesis, lo que McGeorge Bundy vino a decir hace poco, cuando ya fuera del Gobierno de su país—en el que ocupó, con Kennedy primero, con Johnson después, una posición realmente clave, la de consejero para asuntos de seguridad nacional, pero que en el fondo era algo que tocaba de cerca a todos los aspectos fundamentales de la política exterior de la nación—, que es cuando ha podido ser citado por una Comisión senatorial: que la Alemania Occidental debe cambiar de rumbo, crear condiciones favorables al estímulo en gran escala de sus relaciones comerciales y de otras clases, pero no políticas y diplomáticas, con los países de régimen comunista, con la excepción de la U. R. S. S. Empezando, por supuesto, por aceptar la frontera del Oder-Neisse y renunciar al Pacto de Munich de 1938, por el cual fue desmembrada Checoslovaquia, y buscar activamente un tratado de no proliferación nuclear, con la renuncia inmediata y espontánea a todo intento de participación en un sistema de control de las armas atómicas.

Es una propuesta que, por venir de donde viene, ha producido casi tanta emoción como la hecha por el Dr. Rainer Barzel, jefe de la mayoría demócratacristiana en el Parlamento de Bonn y vicepresidente de la Unión Demócratacristiana, el partido que gobierna la República Federal desde su creación, en coalición casi siempre con los demócratas libres (liberales), pero en condiciones que no dejan duda sobre dónde, en caso necesario, está la verdadera responsabilidad. Pudo parecer escandalosa aquella propuesta incorporada a un discurso pronunciado en los Estados Unidos, para buscar directamente con la U. R. S. S. la solución al problema de la reunificación alemana, con promesas y hasta garantías para asegurar la continuación de tropas soviéticas dentro de las fronteras de la nación, una vez reunificada, con la conservación de la actual posición de preferencia económica que la U. R. S. S. ocupa en la parte oriental, hasta garantizar incluso un aumento del 5 por 100 anual en materia de intercambio comercial preferente durante un período de veinte años y con la contracción del compromiso solemne de permitir la formación y funcionamiento de un Partido Comunista para la totalidad del país reunificado.

También sobre esto se podría decir, como sobre el viaje del general De Gaulle, que lo realmente llamativo, importante, es que esa propuesta haya sido hecha. Y que si ha sido desautorizada lo fue en forma francamente blanda, suave. Salvo, es decir, en el caso en que el Dr. Barzel no fuese objeto de ataque más que por la propuesta en sí por la audacia con que había sido hecha, demostración inconfundible de que ambiciona saltar por encima de quien sea con tal de alcanzar en seguida la Cancillería.

En tiempos de cambio, de grandes, memorables cambios, cualquier cosa es posible. Esto es lo que ha dado una cierta animación a la vida de la ciudad universitaria a orillas del Rin, que de pronto se vio convertida en la capital de la República Federal de Alemania, con lo que acaso ya no tenga razón aquella descripción que de ella se dice que hizo un diplomático norteamericano: Bundesdorf—dijo, tomando el nombre peyorativo que le daban muchos alemanes, la aldea federal, es decir—es una ciudad que es algo así como la mitad del principal cementerio de Chicago y está dos veces más muerta todavía.

Acaso ya no se pueda hablar de ese modo de la ciudad que sigue siendo la capital de la Alemania Occidental y que todo hace pensar que lo será durante largo tiempo. Aunque sólo sea por aquello de que las cosas provisionales tienen una tendencia irresistible a seguir adelante.

El interés de Bonn, de todo lo que Bonn representa, ha subido enormemente con la visita del general De Gaulle a la U. R. S. S., el hombre que ha despertado una emoción evidente con cosas tan sencillas como algunas saluciones y hasta algún párrafo que otro muy bien aprendidos para ser recitados de memoria y pronunciados, con lo que parecía ser una gran espontaneidad, como si saliesen del hombre que había nacido hablando ruso para mejor acercarse al alma de Rusia, que es lo que él pareció buscar, ante todo y por encima de todo, con un comportamiento espectacular y espontáneamente teatral.

Ya fuese proclamando, ante gentes que estallaron en grandes aclamaciones: «V moyom liste Frantsuzky narod privetstvuyet veliky Sovietski narod. Da zdравstvuyet Rossiya!». O ya fuese contestando a Kosyguin cuando, por decir algo tal vez, en el momento de darle la bienvenida con aparente afectuosidad, le preguntó si el viaje le había cansado, exclamó: «No. El avión puede estar cansado, pero nosotros no»; ¿qué podía descubrirse en todo ello que no fuese una maravillosa y espontánea teatralidad?

El hecho de que haya tenido ocasión de manifestarse, lo que ya de por sí habla de un ambiente extraordinariamente cambiado, que es en definitiva lo que ha dado una gran importancia al acontecimiento, ha sido lo único que ha tenido una significación real.

JAIIME MENENDEZ.

